

XVII

Colocado en la penumbra y medio oculto todavía detras de los jefes de la Asamblea nacional, empezaba á agitarse un hombre casi desconocido, instigado por un pensamiento que le prohibia el reposo y el descanso. En todas ocasiones trataba este hombre de hacer uso de la palabra, y se atrevia á medir sus fuerzas con todos los oradores, hasta con el mismo Mirabeau. Precipitado de la tribuna, volvía á ocuparla con fe viva al dia siguiente, y bajaba de ella humillado por los sarcasmos, sofocado por los murmullos y acosado por todos los partidos, que en medio de tan grandes atletas apénas se dignaban fijar en él la atencion. A pesar de esto, por más que siempre quedase derrotado, nunca se lograba cansarlo. No parecia sino que un genio amigo y profético le revelara de antemano la vanidad de todos aquellos talentos, la omnipotencia de la voluntad y de la constancia, y que una voz que él sólo oía clamaba en el fondo de su alma, diciéndole: «Esos hombres que te desprecian son tuyos: tendrás en tus manos todos los cabos de esa revolucion que ahora no quiere hacer caso de tí, y que siempre tropezará contigo en su camino, porque tú serás el obstáculo inevitable adonde irá á chocar ese movimiento de impulsiones». Este hombre era Robespierre.

Hay abismos que nadie se atreve á sondear, y caracteres en que nadie trata de penetrar, por no dar con horrores que le hagan retroceder asustado al descubrirlo; pero la mirada de la historia es impasible como la del tiempo, y no puede detenerse ante este terror, porque está obligada á comprender todo lo que ha de contar.

Maximiliano Robespierre nació en Arras, de una familia pobre, honrada y considerada en el país. Su padre era oriundo de Inglaterra, y con eso se explica esa especie de puritanismo del hijo. El obispo de Arras le habia hecho educar á sus expensas, y el jóven Maximiliano se distinguía en el colegio de Luis el Grande entre todos sus compañeros por su constante aplicacion y por la austeridad de sus costumbres.

Muy aficionado á escribir cartas, pasaba el tiempo entre esta ocupacion y las tareas del bufete. La filosofía de Juan Jacobo Rousseau se habia infiltrado en su corazon, y era su único dogma, su fe, su fanatismo. En el alma fuerte de un secretario, pronto se convierte en secta cualquiera conviccion. Robespierre era el Calvino de la política, y maduraba en medio de la oscuridad el pensamiento confuso de la renovacion del mundo social y religioso, sueño dorado de su imaginacion cuando era más jóven. La revolucion vino á ofrecerle lo que el destino ofrece siempre á los que espian su marcha, la ocasion; aprovechóse de ella, y fué nombrado diputado del estado llano en los Estados generales.

Quizá fué el único entre todos sus compañeros que previó el desenlace de aquel drama inmenso, cuya primera escena se habia abierto en Versalles. Así como los filósofos ignoran el sitio en donde reside nuestra alma, así muchas veces sucede que el individuo más oscuro posee el pensamiento de todo un pueblo. A nadie debe despreciarse por su exterior, porque el dedo de Dios marca al hombre en el alma y no en la frente. Nada habia en la cuna, en el talento ni en la fisonomía de Robespierre que fuese digno de llamar la atencion; sin embargo, este hombre era la última palabra de la revolucion, pero nadie podia leerla.



ROBESPIERRE.

Era Robespierre de baja estatura, delgado de miembros, de andar tardo y afectadas maneras, y sin gracia ninguna en sus movimientos. Su voz agria y desagradable buscaba en vano inflexiones oratorias, y no producía sino sonidos monotonos. Su frente era hermosa, aunque pequeña, pero muy saliente en la parte superior, como si indicase que la masa y el torpe movimiento de sus pensamientos la habían ensanchado más de lo natural por aquella parte. Sus ojos, muy velados por los párpados y bastante rasgados, estaban muy hundidos en las cavidades de sus órbitas, y lanzaban un resplandor semejante al reflejo del acero iluminado por los rayos solares. Tenía la nariz pequeña y arremangada, la boca grande, y unos labios muy delgados y contraídos hacia los extremos de un modo repugnante. Su barba era pequeña y puntiaguda, y el color de su rostro pálido, como el del hombre gastado por los vicios ó consumido por la meditacion y por las vigili-
as.

La expresion habitual de su rostro consistía en una serenidad superficial sobre un fondo grave, y en una sonrisa indecisa entre sarcástica y graciosa. Dominaba en el conjunto de su fisonomía una prodigiosa y no interrumpida tension de todas sus facciones, que indicaba al hombre observador que todos los esfuerzos de su alma convergían hacia un punto único y determinado, con tal fuerza de voluntad y con una conviccion tan íntima de que llegaria á obtener el fin que se había propuesto, que parecia que estaba pasando á su vista lo que aún había de tardar mucho tiempo en efectuarse.

Tal era el hombre que debía absorber en sí á todos los demas, sacrificándolos despues de haberse servido de ellos como instrumentos. No pertenecía á ningun partido determinado, pero marchaba con todos los que alternativamente servían á su bello ideal de la revolucion. En esto consistía su verdadera fuerza, porque los partidos se veían obligados á detenerse, y él continuaba siempre marchando hacia adelante en direccion de su objeto, que era uno nuevo en cada movimiento revolucionario, sin retroceder jamás ni desviarse á éste ni al otro lado. Diezmada la revolucion en su carrera, forzosamente tenía que resumirse en una última expresion, y Robespierre confiaba en que esta última expresion sería él. Hé aquí la razon de que trabajase con tanto ardor y eficacia por conseguirlo. El día de su sueño dorado estaba aún muy distante.

XVIII

Robespierre se había unido muchas veces á Dupont, á Barnave y á los dos Lameth para combatir á Mirabeau; pero empezó á volverles la espalda desde que dominaron la Asamblea. Unióse entónces á Petion y á algunos otros hombres oscuros, formando con ellos un pequeño partido de oposicion radicalmente democrática, que envalentonaba á los jacobinos y amenazaba á Barnave y los Lameth cuando intentaban detenerse en su marcha. Petion y Robespierre en el Congreso, y Brissot y Danton en el club, formaban el gérmen de este nuevo partido, que estaba destinado á acelerar el movimiento y á convertirle muy en breve en una continuada y sangrienta catástrofe.

El objeto de Petion era adquirir popularidad, y lo consiguió ántes que Robespierre. Abogado de escaso talento, pero íntegro, consistía toda su filosofía en saber algunos cuantos sofismas del *Contrato social*. Joven, hermoso y patriota,

estuvo destinado á ser uno de esos ídolos complacientes de los que hace el pueblo lo que quiere, aunque nunca logra hacerlos hombres. El ascendiente que tenia en las calles y entre los jacobinos le daba cierta autoridad en la Asamblea, donde se le escuchaba como al eco significativo de la voluntad del pueblo. Hasta el mismo Robespierre afectaba tenerle respeto.

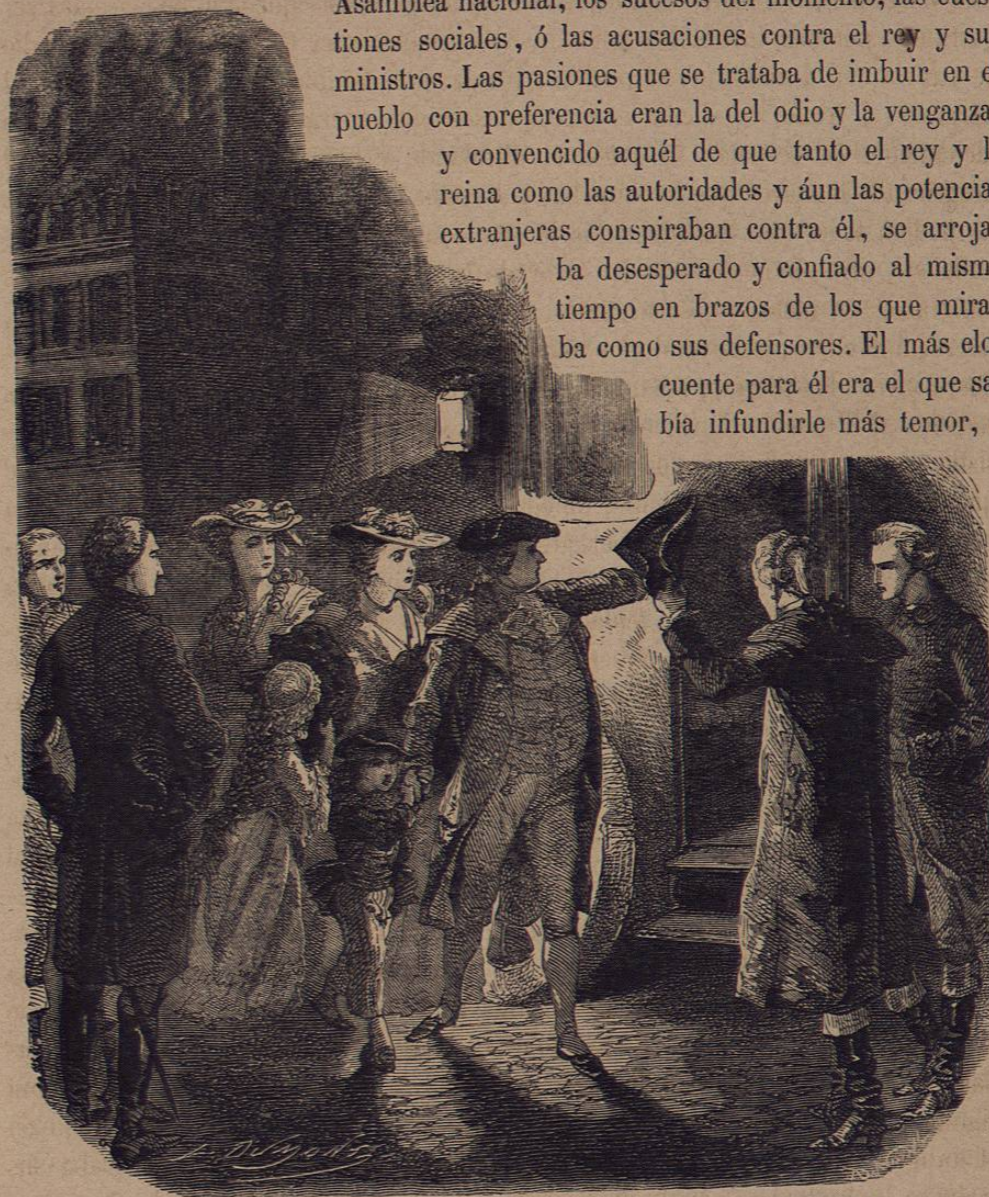
XIX

La Constitucion estaba concluida, y la autoridad real no existia sino en el nombre. El rey no era sino el ejecutor de las órdenes de la Representacion nacional, y sus ministros los rehenes responsables que conservaba la Asamblea. Los vicios de la nueva Constitucion eran conocidos ántes de verla terminada, porque votada en medio de las iras de los partidos, en vez de ser un código, no era sino una venganza del pueblo contra la monarquía, que habia quedado en pié para ser substituida por una institucion única que se establecia en todas partes y que nadie se atrevia aún á nombrar. El pueblo y los partidos temblaban abrir un abismo al derribar el trono, en donde se precipitasen sin esperanza, y habian convenido tácitamente en respetar su sombra, ultrajando y humillando cada vez más al desgraciado monarca que lo ocupaba. Las cosas habian llegado á tal extremo que no podian tener otro desenlace que la más completa ruina. Un ejército indisciplinado era otro elemento más en favor de la fermentacion popular. Los oficiales emigraban en masa, y los sargentos, afiliados todos en el club de los Jacobinos, los reemplazaban, imbuyendo las máximas democráticas en el ánimo de los soldados, convertidos por este medio en instrumentos de anarquía y en cómplices de los sediciosos. El pueblo famélico devoraba la presa que le habian arrojado, que consistia en los desechos de los señores y en los diezmos del clero, y temeroso de que le arrancasen lo que habia pillado, soñaba en conspiraciones que prevenia cubriéndose de crímenes. La libertad, que se le habia dado sin prepararle de antemano á recibirla, le ponía en continua agitacion febril sin fortificarle, y con todos los vicios de los libertos; no tenía ninguna de las virtudes de los hombres libres. La anarquía más espantosa gobernaba la nacion, y para que tuviese quien la gobernase á ella, se habian creado un gobierno en otros tantos clubs cuantas ciudades y pueblos de nota habia en el reino.

El dominante y el verdadero punto céntrico de la anarquía era el de los Jacobinos. Cuando una voluntad poderosa y apasionada conmueve una nacion, esta voluntad comun reúne á los hombres, cesa el individualismo, y la asociacion legal ó ilegal organiza los sentimientos públicos. De este modo habian nacido las sociedades populares. A las primeras amenazas de la corte contra los Estados generales, unos cuantos diputados bretones se reunieron en Versalles y formaron una sociedad para estar al corriente de las intrigas de la corte y asegurar el triunfo de la libertad. Sus fundadores fueron Sieyes, Chapelier, Barnave y Lameth. Trasladado el club á Paris despues de las jornadas del 5 y 6 de Octubre, adoptó el significativo nombre de *Sociedad de amigos de la Constitucion*, y se instaló en el antiguo convento de los Dominicos, inmediato al sitio donde celebraba sus sesiones la Asamblea. Los diputados que habian fundado el club sólo para ellos, abrieron bien pronto sus puertas á los periodistas y escritores revolucionarios, y

últimamente á todos los ciudadanos. Para ser admitido en el club bastaba que dos miembros de la sociedad presentasen al candidato, sobre cuya moralidad se adquirian informes allí mismo en votacion pública. El pueblo entraba tambien á las sesiones con una tarjeta que examinaban los censores. Celebrábanse estas reuniones con toda la formalidad de las asambleas deliberantes, puesto que habia en ellas presidente, secretarios, tribuna y orden del dia, y hasta tenian oficinas, reglamento, y todas las demas cosas que se hallaban en las otras. En una palabra, eran unas asambleas deliberantes, sin ninguna responsabilidad y sin que hubiese mediado eleccion para ser miembro de ellas. La pasion del momento era la única que mandaba aquella tumultuosa reunion, que, en vez de hacer leyes, predisponia el ánimo del público segun convenia á sus intereses.

Las sesiones eran de noche, para que el pueblo no tuviese que abandonar sus faenas por asistir á ellas, y servian de texto á sus discusiones los actos de la Asamblea nacional, los sucesos del momento, las cuestiones sociales, ó las acusaciones contra el rey y sus ministros. Las pasiones que se trataba de imbuir en el pueblo con preferencia eran la del odio y la venganza; y convencido aquél de que tanto el rey y la reina como las autoridades y aún las potencias extranjeras conspiraban contra él, se arrojaba desesperado y confiado al mismo tiempo en brazos de los que miraba como sus defensores. El más elocuente para él era el que sabía infundirle más temor, y



Partida de la familia real.—Pág. 50.

como tenía sed de denunciaci3nes, se le prodigaban por tenerle contento. Por este medio adquirieron su dominio sobre el pueblo Barnave y los Lameth, y más tarde Danton, Marat, Brissot, Camilo Desmoulins, Petion y Robespierre. Estos nombres habian ido creciendo con las iras populares, y ellos trataban de sostenerlas por no perder el prestigio que tan vilmente habian adquirido. Las sesiones nocturnas de los Dominicos y de los Franciscanos ahogaban frecuentemente el eco de la Asamblea nacional, y la minoría, derrotada en el Congreso, acudía á protestar y aún á amenazar en los Jacobinos.

El mismo Mirabeau habia sido acusado allí por Lameth con motivo de la ley que habia propuesto sobre la emigracion, y pocos días ántes de su muerte habia tenido que comparecer á oír las invectivas de su denunciador, aunque desdeñó justificarse. Los clubs eran la fuerza exterior en que se apoyaban los exaltados de la Asamblea nacional para intimidarla. Esta no tenia otro apoyo que las leyes; el club contaba con el pueblo, con las asonadas, y hasta con el ejército.

XX

Organizada la opinion pública, su asociacion permanente en todos los puntos del reino daba una sacudida eléctrica á la cual no era posible resistir. Las mociones que se hacian en Paris corrian con la velocidad del rayo de club en club hasta las provincias más distantes, y una misma chispa era suficiente para incendiar á la vez muchos millones de almas, en las que ardía el fuego de una misma pasion. Todas las sociedades se correspondian entre sí, y estaban en correspondencia con la sociedad matriz. Aquel gobierno era el de las facciones, que habia enredado en sus lazos al gobierno legal; pero la ley habia enmudecido y perdido su fuerza, y la faccion era vigorosa y elocuente.

Trasladémonos mentalmente á una de aquellas sesiones borrascosas de la época, y verémos cosas que nos parecerian imposibles á no haberlas presenciado, ó al ménos hablado y tratado á muchos de los que las presenciaron. El lugar de la reunion es un templo de donde Dios ha sido arrojado con escarnio, y en el que no se halla otro vestigio del antiguo culto que algunas pinturas sagradas que hay en las paredes, desnudas por otra parte de todo adorno. Una tribuna ocupa el sitio en donde estaba el tabernáculo no hace mucho tiempo, y multitud de bancos, muchos de ellos aún con el emblema de la comunidad ó cofradía á que pertenecieron, sirven para que el público se siente. La tribuna se halla rodeada por ciertos oradores queridos del pueblo que están impacientes por subir á ella cuanto ántes; un corto número de luces llevadas allí por los mismos asociados ilumina imperfectamente aquel recinto, y su resplandor no sirve sino á hacer más perceptible la oscuridad. El auditorio lo componen hombres de todas las clases y condiciones, y no faltan tambien algunas mujeres entusiastas por el nuevo órden de cosas, que acuden allí con sus pequeñuelos para que mamen la leche de la revolucion mezclada con la de sus pechos. Esta turba fanática é ignorante, que prorumpe en aullidos y silbidos estrepitosos cuando las ideas del orador no están en armonía con las suyas, al terminarse las sesiones entona himnos patrióticos, canta canciones demagógicas, pasea en triunfo los bustos de los grandes republicanos, y arrastra por los suelos los símbolos de la religion ó de la dignidad real para que-

marlos despues en medio de los más feroces aullidos. ¿Qué pueblo, por pacífico que fuese, hubiera resistido á esa fiebre espantosa, cuyos accesos eran diarios y cada vez más fuertes desde fines del año 1790 en todas las ciudades del reino? Este régimen de fanatismo era el precursor de el del terror. Esta era la organizacion del club de los Jacobinos.

XXI

El club de los Franciscanos excedía aún al de los Jacobinos en turbulencia y demagogia. Danton y Marat eran sus corifeos.

Los constitucionales moderados habian tratado, y aún empezaron á reunirse, pero falta siempre energía en las sociedades que están meramente á la defensiva, así como las que toman la ofensiva logran agrupar las facciones en torno suyo. Esta fué la causa de que aquellas reuniones se disolviesen por su propia virtud hasta el establecimiento del club de los Fuldenses. El pueblo dispersó á pedradas á los primeros que acudieron á casa de Mr. de Clermont-Tonnerre, y Barnave insultó en la tribuna á sus colegas, denunciándolos á la execracion pública con el mismo acento con que habia excitado y reunido á *los amigos de la Constitucion*. La libertad no era todavía sino un arma parcial que cualquiera quebraba sin pudor en el pecho de su enemigo.

¿Qué podia hacer el rey, acosado por un lado por una Asamblea que se habia arrogado todas las funciones ejecutivas, y por otro por aquellas reuniones facciosas que usurpaban todos los derechos de la Representacion nacional? Sin fuerza propia entre estos dos rivales, el rey recibía de rechazo los golpes de unos y otros, y todos los días era ofrecido en sacrificio al populacho por la Asamblea nacional.

Sólo una fuerza mantenía el órden exterior y sostenía aún la sombra del trono: esta fuerza era la guardia nacional de Paris. Esta, sin embargo, era una fuerza neutral que no reconocía más ley que la de la opinion, y que fluctuando entre las facciones y la monarquía, podía mantener el órden público; pero no era á propósito para prestar un apoyo firme é independiente al poder político. Era, en fin, una parte integrante del pueblo, y una intervencion armada contra la voluntad de éste la hubiera tenido por un sacrilegio. Creada por sí misma el 14 de Julio en la casa de la municipalidad, no obedecía más órdenes que las que emanaban de aquella corporacion que le habia dado por jefe principal al marqués de Lafayette. Los hombres honrados no podían haber escogido otra persona que los representase más dignamente.

XXII

El marqués de Lafayette era un patricio dueño de un caudal inmenso, y estaba enlazado por su casamiento con la hija del duque de Ayen con las principales familias de la corte. Había nacido en Chavagnac, en la Aubernia, el 6 de Setiembre de 1757, y á pesar de hallarse casado desde la temprana edad de diez y seis años, la sed de adquirir gloria le habia hecho abandonar su patria en 1777. Era aquella época la de la guerra de la independencia en la América inglesa, y el nombre de Washington resonaba en ambos continentes. Un adolescente tuvo la osadía de querer igualarse á aquel hombre en medio de las delicias de la